

45 años después de *Facing Reality*: diálogo crítico con James/Lee/Chaulieu

(2002)

«No nos presentamos al mundo como doctrinarios con un principio nuevo: ¡he aquí la verdad, de rodillas! Solo le decimos al mundo por qué combate, y la conciencia es algo que el mundo tiene que adquirir incluso aunque no quiera.»

Marx, carta a Ruge, 1842

En 1958, *Facing Reality* fue un libro importante que se anticipó de forma asombrosa al período histórico que iba a desarrollarse a lo largo de los quince años siguientes. Sus principales afirmaciones aún se debaten. Pese a que yo mismo tengo serias dudas sobre ellas, lo que sigue fue escrito para profundizar en ese debate. Lo que a mí me parece más interesante de *Facing Reality* no son tanto las respuestas que da como las preguntas que plantea, y que giran en torno al papel del partido marxista revolucionario hoy en día.

James («Johnson») y Lee abandonaron el Socialist Worker's Party hacia 1947 junto a Raya Dunayevskaya («Forest»). En 1953 James fue deportado de los Estados Unidos a Gran Bretaña, pero la tendencia Johnson-Forest siguió trabajando en Detroit hasta la escisión James-Raya, que se produjo en torno a 1957. La corriente johnsoniana estuvo representada a partir de entonces en Detroit por Marty Glaberman (que murió hace unos meses), y ha seguido influyendo en diversa medida sobre agrupaciones como el círculo *Impact* de Youngstown y la revista *Race Traitor*. Chaulieu, por supuesto, (más conocido

como Castoriadis, y en menor medida como Cardan) fue uno de los fundadores de «Socialisme ou Barbarie» (1948-1965).

No cabe duda de que muchos aspectos del libro están claramente desfasados. Es fácil comprender que en 1958 la revolución húngara (que sin duda fue una gran fuente de inspiración) pudiera inspirar tanto a los revolucionarios, pero transcurridos casi cuarenta y cinco años hay que preguntarse qué ha pasado desde entonces (¡también en Hungría!). El libro fue escrito en el momento culminante de la guerra fría, es decir, en un mundo polarizado que desapareció hace mucho. Está escrito a la sombra de la «burocracia», término que para James y cía. era intercambiable con el de capitalismo de Estado, en una época en que el estatismo «progresista», en sus modalidades de Estado de bienestar, estalinismo y tercermundismo, parecía omnipresente y permanente, situación que ha dado un vuelco total con el auge del neoliberalismo durante los últimos veinticinco años. El libro nunca relaciona el capitalismo de Estado ni ninguno de los otros fenómenos que debate con la ley marxiana del valor. Es un producto puro de la época que parecía plantearlo todo desde la perspectiva de una lucha entre «burocracia» y «democracia», entre «dirigentes» y «dirigidos». El libro se centra de manera casi exclusiva (con la excepción de Hungría) en las luchas obreras y el poder obrero en la fábrica, por lo que el reproche de obrerismo, es decir, una insistencia excesiva en los lugares de producción que a veces tiene tintes casi sindicalista-revolucionarios, está justificado. Los ejemplos que da del poder obrero en la fábrica en los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia también sufrieron un vuelco total, o cuando menos se vieron enormemente modificados (por no decir algo peor), a raíz de la contraofensiva capitalista posterior a la década de 1970.

Esos son, en mi opinión, algunos de los defectos del libro. ¿Cuáles son sus virtudes o, al menos, algunas de las cuestiones que la experiencia histórica sigue sin haber zanjado cuarenta y cinco años después?

James y cía. sostienen que el partido de vanguardia de tipo bolchevique se ajustaba a las condiciones de Rusia entre 1903 y 1923, cabe suponer que desde la escisión entre bolcheviques y mencheviques hasta el fin de la vida política de Lenin. Sin embargo, también sostienen que tras el triunfo del Estado de partido

único en sus versiones del Estado del bienestar, estalinista y fascista durante la década de 1930, era anacrónico aplicar este modelo a la nueva situación existente tanto en Rusia como en Occidente. Desde su punto de vista, el estalinismo fue un síntoma de la ferocidad con la que el Estado tenía que reprimir lo que los autores denominan la «nueva sociedad» emergente, y de ahí deducen que para hacer la revolución ya no hace falta ningún partido de vanguardia. Consideran que la revolución húngara confirmó ese punto de vista. Según ellos, los trabajadores húngaros derrocaron al Estado estalinista sin ningún partido de vanguardia a la vista, y también consideran que, pese a tenerlo todo en contra, hicieron frente de forma muy creativa a la invasión soviética posterior.

Dejando de lado la mayor o menor exactitud de esta versión (que sin duda contiene una gran parte de verdad), James y *cía.* llegan a la enigmática conclusión de que la ferocidad del control estatal en la era posterior a 1933:

- 1) expresaba la «inmediatez» de la revolución en nuestra época, es decir, el alto grado de desarrollo general de la clase trabajadora actual que tiene que reprimir el capital.
- 2) es la experiencia colectiva que prepara una revolución situada más allá del vanguardismo. Los autores (a diferencia de muchos otros de la corriente libertaria) tienen mucha razón cuando dicen que lo sucedido en Hungría no tuvo nada «espontáneo», sino que estuvo precedido por años de debates entre los como reacción ante su experiencia de la «planificación» estalinista.

Otro aspecto singular del libro, en mi opinión, y que contrasta una vez más con tantas teorías libertarias, es su reivindicación simultánea de la noción de liderazgo y su negativa a reducirla a alguna clase de agrupación vanguardista formal. La mayoría de las fórmulas libertarias antivanguardistas siempre reducen inmediatamente a cualquier tipo de «líderes» a «burócratas». Lo que James y *cía.* rechazan es la relación FORMAL de las autoproclamadas vanguardias con la experiencia histórica de la clase, que gran parte de esta

última es incapaz de reconocer. Desde su perspectiva (y en eso estoy plenamente de acuerdo con ellos), no existe un proceso de preselección de los líderes de las diferentes luchas mediante su asociación formal en el seno de una organización de vanguardia, sino que este proceso se da entre quienes tienen los talentos y las habilidades propios de los líderes, adecuados (o no) a las tareas del movimiento real. En mi opinión una de las grandes virtudes del texto es que logra evitar no solo el rechazo libertario convencional de los «líderes» como término tabú, sino también la noción formalista del liderazgo que surge del concepto no menos convencional, encarnacionista-cuerpo de Cristo del medio trotskista (del que procedían todos estos autores).

Aquellos que fuimos formados por «1968» hemos vivido desde entonces un período histórico tan largo y tan sombrío (de una duración sin precedentes en la historia del movimiento desde 1848), que la descripción que el libro ofrece de los problemas del vanguardismo tiene un poder de convicción que no habría tenido para mucha gente durante el período 1968-1973, que más bien fue una época de «rescate» del concepto de vanguardia y en la que proliferaron las sectas que se disputaban el manto del bolchevismo (bautizados por James y cía. como «jesuitas proletarios»).

La singularidad y el excepcional interés de este texto (al menos en lo que a mí se refiere) tiene cuatro vertientes: 1) la utilización, en un lenguaje muy accesible y nada condescendiente, de la lectura de Hegel realizada por James y cía. con fines revolucionarios; 2) la idea de que el triunfo global del «Estado de partido único» (fascismo-estalinismo-New Deal) hacia 1933 hace innecesario el modelo bolchevique de partido para todo fin presente o futuro; 3) el vaticinio según el cual la automatización estaba planteando «todas» las cuestiones para la clase trabajadora de una forma desconocida para generaciones anteriores de marxistas. Enseguida abordaremos el punto 4). Veinticinco años antes de que se pusieran de moda los conceptos de «fordismo» y «posfordismo», James y cía. escribieron: «Lo que está llegando a su fin es la etapa de la producción en masa realizada por trabajadores en cadenas de montaje.» El término que utilizo yo para designar esta nueva etapa es la «fase *Grundrisse* del capitalismo», la fase en la que el capital se apropia directamente del trabajo científico (una de cuyas

consecuencias es la automatización) como fuente relevante de valor. (Una vez más, lo asombroso del texto de James y cía. es la total ausencia del «valor».)

Por muy innovadores que fuesen en su día, en sí mismos estos tres primeros hilos argumentativos no son absolutamente privativos de James y cía. Lo que sí es único, hasta donde yo sé, y lo que en la actualidad constituye el «johnsonismo» es la afirmación de 4) la omnipresencia de la «nueva sociedad» en las relaciones cotidianas de la clase trabajadora, y que el socialismo consiste ni más ni menos que en hacer a un lado todos los aspectos de la sociedad oficial que la reprime hasta desembocar en la formación de una república de Consejos Obreros.

Esta visión de la «nueva sociedad» que nace y arraiga cada día que pasa se centra en lo que quizá sea la singular noción «johnsoniana» de la irrelevancia de la conciencia explícita y manifiesta de los trabajadores (o de cualquier otro grupo) en un momento determinado si se la aborda en relación con lo que los trabajadores (y otros) HACEN, incluso (o sobre todo) cuando lo que «hacen» está en contradicción con lo que «dicen». La experiencia de Marty Glaberman con las huelgas salvajes del automóvil de Detroit en 1943 contra el «pacto antihuelga», realizadas por trabajadores que muchas veces apoyaban a Roosevelt (e incluso a veces a Wilkie), y que muy poco tiempo antes habían votado a favor del pacto antihuelga durante un congreso de la UAW* fue paradigmática en ese sentido. En el libro, James y cía. dan otros muchos ejemplos de esta relación entre conciencia explícita y actividad de clase. Volveré sobre esta tesis central después de presentar los otros argumentos fundamentales del libro.

* United Auto Workers: la UAW fue fundada en mayo de 1935 en Detroit, Michigan, bajos los auspicios de la American Federation of Labor (AFL), pero un año después ingresó en el Congress of Industrial Organizations (CIO) de John L. Lewis. La UAW fue uno de los primeros grandes sindicatos en admitir a trabajadores afroamericanos y obtuvo fulgurantes éxitos mediante huelgas con ocupación del lugar de trabajo, primero en una planta de la General Motors de Atlanta en 1936, y poco después, con la huelga iniciada en Flynt en diciembre de ese mismo año, que terminó con el reconocimiento de la UAW por la General Motors. (N. del t.)

En conjunto, estos cuatro hilos argumentativos parecen apuntar a una ruptura seria, si no absoluta, con la práctica del movimiento obrero clásico, movimiento que llegó a su culminación durante la oleada mundial de 1917-1927 (es decir, desde la oleada revolucionaria que se produjo al final de la Primera Guerra Mundial hasta la masacre de la clase obrera china en Cantón y Shanghai), cuando adoptaron su forma definitiva la mayoría de las «cuestiones candentes» (la naturaleza de la socialdemocracia, el estalinismo, los sindicatos, la autodeterminación de las naciones, el frente único) en torno a las cuales siguen definiéndose las vanguardias y sectas actuales.

Si quisiéramos definir los progresos teóricos del «momento» histórico del regreso de la revolución a Occidente durante la década de 1960 y el gran paso hacia delante en la comprensión de Marx que posibilitaron por una parte las luchas de ese período y por otra la difusión sin precedentes del Marx «joven» (década de 1840), de los *Grundrisse*, del capítulo sexto inédito de *El capital*, y (más recientemente), de los estudios de Marx en torno a la comuna rural rusa y las sociedades primitivas, difícilmente podríamos resumirlos de forma más concisa que con el término «AUTORREFLEXIÓN». Es imposible sobreestimar la ruptura que eso supuso con la teoría y la práctica del movimiento obrero clásico. Basta con pensar en la indigencia de la primera excursión filosófica de Lenin: *Materialismo y empiriocriticismo* (1908). Uno de los grandes méritos de la obra de James y cía. es su insistencia en que las luchas del presente nos permiten comprender el pasado de formas nuevas, es decir, que somos capaces de «ver» con ojos nuevos la importancia de los niveladores ingleses, de los *enragés* franceses y de los esclavos norteamericanos durante la guerra de secesión estadounidense GRACIAS a acontecimientos como la revolución húngara, por no hablar de las revueltas de la década de 1960.

La revuelta de los años sesenta contra la «burocracia» (es decir, contra el «racionalismo aplicado», por así llamarlo) fue el telón de fondo social inmediato del rescate de la «autorreflexión» en la perspectiva de Marx (caso, por ejemplo, de su definición del capital como «valor que se valoriza a sí mismo»).

¿Qué significa «autorreflexión»? (El término es mío; James y cía. utilizan el término «automovimiento»). Es la clave de la ruptura con el pasado; se refiere al

autodesarrollo concreto de los seres humanos y ante todo al de clases sociales en lucha, que surge de sujetos «que actúan sobre sí mismos». (Esto procede directamente de la conciencia *an-und-für-sich* de Hegel y de la «clase para sí» de Marx —la clase revolucionaria—, frente a la clase en sí, el proletariado atomizado en su existencia cotidiana como capital variable.) La ruptura histórica fundamental teorizada por James y cía. podría resumirse, por tanto, con gran sencillez:

«racionalismo» (acción = vanguardismo, elites
sobre objetos, el que organizan a los
pensamiento occidental demás
desde Descartes al primer
Lenin)

actividad autónoma (sujetos = República de
que actúan sobre sí mismos, Consejos,
el «álgebra de la autoorganización de
revolución» de Hegel a la clase
Marx)

No es casualidad que las agrupaciones vanguardistas que aún quedan en el mundo contemporáneo (sobre todo trotskistas) exhiban una absoluta indiferencia, cuando no un desprecio filisteo apenas disimulado, por el redescubrimiento de Hegel que se produjo durante las décadas de 1950 y 1960, el Marx de la década de 1840, los *Grundrisse*, el capítulo sexto inédito de *El capital*, etc., ni tampoco lo es que extiendan esa indiferencia incluso al descubrimiento tardío de Hegel por parte de Lenin en 1914 («Es completamente imposible entender *El capital* de Marx, y en especial su primer capítulo, sin haber estudiado y entendido a fondo toda la *Lógica* de Hegel. ¡Por consiguiente, desde hace medio siglo, ningún marxista ha entendido a Marx!», cabe suponer que el propio Lenin incluido) así como el rechazo de éste posterior a 1914 —en

los *Cuadernos filosóficos*— de la petulante y reduccionista cosmovisión de manual de *Materialismo y empiriocriticismo*. Para estos grupos, ese tipo de consideraciones son «mera teoría», en el mejor de los casos una reflexión a toro pasado que viene bien para apaciguar a esos contactos intelectuales a los que, según la fórmula de Lenin, «hay que atar muy corto». Los vanguardistas son indiferentistas en materia filosófica (a la vez que, por supuesto, suelen adherirse al reduccionismo tácito más desvergonzado), y también les deja fríos la afirmación de James y cía. según la cual «la filosofía tiene que hacerse proletaria» porque están empantanados en la vieja perspectiva de la «acción sobre objetos», igual que la tradición racionalista que discurrió entre los siglos XVI y XIX en el marco del pensamiento y de la ciencia burguesas, y que fue prolongada en el seno del movimiento obrero clásico por Lasalle hasta llegar al Lenin anterior a 1914.

Pero sigamos con las cuatro singularidades de James y cía., con las consecuencias de la consolidación del «Estado de partido único» durante el primer tercio del siglo XX. «En la actualidad hay mil millones de personas viviendo bajo un régimen totalitario que hace apenas unas décadas solo existía en los especulaciones de unos cuantos locos.» Desde el punto de vista de los autores, hacia la década de 1950 la inmensa mayoría de marxistas formados en la perspectiva vanguardista formaban parte de aparatos estatales o protoestatales que iban desde el Partido Laborista Británico hasta la UAW (a la que en otro texto James describió como un Estado de partido único en ciernes).

Hoy en día hay que hacer todo un esfuerzo de imaginación histórica para recordar el «estado de ánimo» del movimiento obrero clásico (1840-1945), cuando los grandes textos rescatados durante las décadas de 1950 y 1960 los conocían unos cuantos especialistas como máximo y cuando el pan nuestro de cada día —tanto de intelectuales socialistas como de militantes— era un descarado materialismo ilustrado refrito hasta convertirlo en «materialismo dialéctico». Hace falta un esfuerzo de imaginación análogo para recordar la situación anterior a 1914, cuando el capitalismo democrático liberal anglofrancés aún ejercía un atractivo palpable entre los reformadores y los aspirantes a revolucionarios premarxistas que vivían bajo monarquías, imperios,

autarquías, despotismos, oligarquías terratenientes y pronunciamientos militares, por no hablar de los dominios coloniales o semicoloniales de Gran Bretaña y Francia. En la mayor parte del mundo, las clases medias que aspiraban a un cambio serio seguían mirando hacia París y Londres en busca de modelos, y leían a Voltaire, Diderot, Bentham, Comte, Saint-Simon, Mill, Balzac, Hugo, Zola, Shaw y los Webb como fuente de inspiración y orientación. Jamás deberíamos olvidar hasta qué punto admiraba las instituciones y la cultura inglesas un personaje como Eduard Bernstein, que figuró entre los «marxistas ortodoxos» hasta el debate sobre revisionismo de 1898; si extrapolamos a partir de ese dato, podremos apreciar hasta qué punto el grueso de la socialdemocracia alemana, el eje del movimiento obrero clásico, suplió la función de un liberalismo de clase media ausente en la sociedad alemana. Jamás deberíamos olvidar que en fecha tan tardía como 1900, en países como Francia, Italia, España y Portugal, los movimientos obreros de masas seguían enzarzados en grandes luchas con el Estado y con la Iglesia católica en torno a la educación laica, es decir, un proyecto ilustrado burgués, y todavía tenían que expulsar de sus filas (o no, según los casos) a esos reformadores verticalistas supremos, los francmasones.

Por supuesto, desde 1848, y sobre todo a partir de 1871 y de la Comuna de París, cierto «marxismo» popularizado estaba minando y dejando atrás el pensamiento y la cultura de la Ilustración anglofrancesa. Pero, ¿qué era exactamente ese «marxismo»? En no poca medida había sido transmitido al mundo por el SPD lassalliano, cuyo rasgo característico era precisamente el «cuerpo separado de organizadores profesionales de elite» (noción muy ajena a Marx) que organizaba a la clase obrera del mismo modo en que el pensamiento racionalista organiza a sus objetos y que, como no podía ser de otro modo, propagaba ese «marxismo» reduccionista de manual originario que indujo a Marx a exclamar: «¡Yo no soy marxista!» Dicha corriente culminó en el partido bolchevique, cuya adhesión a esta cosmovisión (a pesar del poco conocido «Lenin maduro») se prolongó hasta bien entrado el siglo XX por obra del estalinismo, el maoísmo y el trotskismo.

En otras palabras, el «marxismo» que pasó de Alemania a Rusia y de allí al resto del mundo a partir de 1917 fue en gran medida una versión recalentada del pensamiento racionalista ilustrado, en la que la revolución conceptual de la «autoorganización» que subyace a la obra de Hegel y de Marx quedó totalmente ocultada, perdida, e incluso calumniada (en el caso del estalinismo). Este «marxismo» solo empezó a verse seriamente minado por los acontecimientos y el fermento de las décadas de 1950 y 1960, y no obstante, más de treinta años después, los vanguardistas aún no han abierto los ojos ante el significado de la revolución conceptual que mina la epistemología (por muy débil que sea la conciencia que tengan de ella) que impregna su concepción de la clase trabajadora.

En otras palabras y a diferencia de casi cualquier otro texto que yo conozca, lo que hicieron James y cía. fue ofrecer una explicación social, en términos de mutación tanto del Estado como de las fuerzas productivas, de la «ruptura epistemológica» que supuso el rescate del «automovimiento autorreflexivo» a través de Hegel y de los textos de Marx enterrados hasta entonces.

Lo que está en juego en última instancia en esas mutaciones es la cuestión de la comunicación. ¿Debe de ser de sentido único? (¡He aquí la verdad —que encarnamos nosotros, los marxistas— de rodillas!) ¿O ha de ser una comunicación de doble sentido, entre la organización marxista y la clase trabajadora—es decir, lo que James y cía. llaman la tarea de la primera, «reconocer y constatar»— como en el caso del reconocimiento de los soviets por parte de Lenin en 1905? Si James y cía. están en lo cierto y en realidad ya no existe ninguna diferencia entre teoría y práctica, la respuesta ha de ser la segunda, lo que situaría a la organización marxista en pie de igualdad con la clase obrera en su conjunto.

Lo que había cambiado a partir del punto culminante de la influencia del modelo liberal anglofrancés, (es decir, en torno a 1870 pero sobre todo a partir de 1914) y a partir de 1933 ya estaba en todas partes en 1933, era lo que James y cía. llamaron el «Estado de partido único», estalinista, fascista o de bienestar. Se trata del Estado planificador (por poco que en realidad «planificase»), cuya

relevancia consistió en hacer comprender a decenas de millones de trabajadores el significado social fundamental del viejo racionalismo, de la administración de las personas como objetos, de la administración de las personas en lugar de la administración de cosas. Hablar de la dominación mundial de este Estado a partir de la década de 1930 suponía una generalización tremenda, pero ponía de manifiesto las limitaciones de la vieja cosmovisión a la que seguía ligada la práctica totalidad del «marxismo».

Así pues, James y *cía.* sostienen que tomar como modelo viable una vanguardia obrera constituida bajo un Estado autocrático, donde una forma de actividad política que seguía estando en la órbita del viejo racionalismo podía sin embargo ser algo nuevo y liberador, y pretender aplicarlo al resto del mundo, donde hace mucho tiempo que todas las posibilidades del racionalismo han ido mucho más allá de cualquier cosa conocida en la Rusia zarista y se han descompuesto a la vista de todos, es lo verdaderamente anacrónico.

Hasta ahí en lo tocante al segundo de los cuatro hilos de la argumentación de James y *cía.*

El tercero es la cuestión de la automatización. Quizá no haya ningún otro aspecto en el que el carácter anticuado de *Facing Reality* y su falta de atención a la teoría marxista del valor sea tan patente. El libro da por supuesta la difusión incesante e indefinida de la automatización en el marco del Estado de bienestar/partido único, supuesto que los autores comparten con gran cantidad de los enfoques del tema durante las décadas de 1950 y 1960, que van desde los teóricos de la «triple revolución»* hasta el «anarquismo post-escasez» de Murray Bookchin. James y *cía.* parecen olvidar por completo (como hizo prácticamente todo el mundo en aquel entonces) que el capital no puede existir sin el trabajo vivo, y que cuando se ve amenazado por la expulsión de

* Memorando abierto firmado por un conjunto de activistas, profesores universitarios y técnicos que se autodenominó «Comité Ad Hoc sobre la Triple Revolución». Fue enviado al presidente estadounidense Lyndon B. Johnson y otros personajes gubernamentales el 22 de marzo de 1964. Señalaba tres revoluciones en curso, la revolución cibernética y la expansión de la automatización, la revolución armamentística y la destrucción mutua asegurada y la revolución de los derechos humanos. El documento se ocupaba fundamentalmente de la primera revolución y del paro que suscitaría, y proponía solucionarlo mediante la intervención estatal. (N. del t.)

demasiado trabajo vivo del proceso de producción, tiene que volver a emplear a trabajadores en actividades intensivas en trabajo para poder mantener su relación «vampírica» con el trabajo vivo.

No obstante, los autores tienen razón cuando dicen que por primera vez en la historia del capitalismo, la automatización, a diferencia de cualquier innovación tecnológica anterior, había puesto sobre el tapete no la creación de una inmensa cantidad de empleos nuevos sino la eliminación permanente de una inmensa cantidad de los empleos existentes, y por consiguiente, la problemática del destino de una masa de parados permanentes en aumento. Esta problemática, sin embargo, se ha ido «resolviendo» desde 1958 por medio de los MacCurros de alta tecnología, la nanotecnología, la subcontratación, el *kanban**, la desindustrialización, el «sector servicios», la industrialización del Tercer Mundo y la globalización, de un modo que a James y *cía.*, que escribían en una época en la que parecía casi de cajón centrarse en las luchas de trabajadores de base en los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia (por mucho que Hungría les sirviera de fuente de inspiración) les habría resultado casi inconcebible. Ningún lector contemporáneo tendría el menor problema para reconocer la pertinencia de estas líneas escritas en 1958:

Ahora, con la automatización, el capitalismo está despojando a la mayoría de la población del único papel que se le ha permitido desempeñar.

Cuando millones de jóvenes no tienen la menor idea de si alguna vez tendrán un empleo y se quedan en la cama la mitad del día porque no saben qué hacer consigo mismos, estamos ante un sistema que se está suicidando. (pág. 26)

A modo de unión entre estos cuatro hilos argumentativos, vemos que la vieja epistemología del movimiento obrero clásico, gravemente aquejada de racionalismo, se encarnó en el Estado planificador creado para administrar a «masas de trabajadores en la cadena de montaje», y que la automatización, que

* Sistema de información japonés que pretende controlar de modo armónico la cantidad y el tiempo de fabricación de los productos en todos los procesos que se dan tanto en el interior de cada fábrica como entre distintas empresas. (N. del t.)

(para una sociedad socialista) supondría la emancipación de la clase trabajadora (y de la humanidad) de esa pesada carga repetitiva, también mina la necesidad de una vanguardia al plantear la posibilidad de «una forma distinta de actividad» que esté más allá del antagonismo capitalista entre trabajo y ocio, que ya esté presente en la «nueva sociedad» encarnada en las relaciones cotidianas de la clase obrera. Esto último es lo que significa la idea de Marx de que solo con el comunismo termina la «prehistoria» y comienza la verdadera historia de la humanidad.

Estos cuatro hilos argumentativos: –1) la centralidad de la actividad autónoma o del automovimiento que procede de Hegel y de Marx (y que influyó en el «Lenin maduro»); 2) la «plasmación» de la cosmovisión racionalista en el Estado «de partido único» (planificador) a partir de 1933; 3) la situación completamente nueva creada por el fin de la cadena de montaje como consecuencia de la automatización y 4) la «nueva sociedad» que debe ser liberada de las constricciones a las que la somete la «sociedad oficial» y que la organización marxista ha de «reconocer y constatar» – son, en mi opinión, el fundamento verdaderamente radical (sobre todo para su época) de *Facing Reality*. Resulta tanto más notable cuando se constata qué parte tan grande de los quince años siguientes anticipó *Facing Reality* en 1958, como en el caso siguiente (por citar solo uno de los ejemplos más elocuentes):

Los trabajadores franceses se moverán, y cuando lo hagan, dejarán al Partido Comunista Francés suspendido en el aire. (pág. 156)

Es evidente que estoy extrapolando aquellos temas que más me saltaron a la vista y dejando de lado el riquísimo debate acerca de la bancarrota total de la «sociedad oficial» a partir de la Primera Guerra Mundial, como por ejemplo el que figura en el pasaje siguiente:

Cualquier elite ha de falsificar por fuerza y deliberadamente la información que proporciona a la masa... la sociedad oficial no conoce ni tiene siquiera los medios de conocer o comprender los hechos que vertebran su propia existencia. (pág. 96)

Las breves y brillantes acotaciones acerca del destino del arte en esta época, que contienen en una sola línea una crítica devastadora (*avant la lettre*) del asalto «posmoderno» al «canon»:

Así pues, en esta etapa de nuestra sociedad, el arte se convierte o en esos abortos contemporáneos que irritan los nervios y estimulan sin satisfacer o bien en el retroceso hacia los clásicos reconocidos porque ahora se utilizan como refugio antiaéreo, cuando en su origen fueron explosivos. (pág. 85)

(Me gustaría encontrar a un solo posmoderno capaz de reconocer que en su día los clásicos escritos por «varones blancos muertos» fueron explosivos).

El libro también se anticipó al movimiento prácticamente universal de huelgas salvajes que se prolongó hasta 1973 (y en el que los autores se inspiraron a través de la experiencia directa a mediados de la década de 1950 en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos), el auge del interés por el consejismo, los consejos obreros y el control obrero en la década de 1960, el impacto mundial de Hegel, de los *Manuscritos económico-filosóficos*, de los *Grundrisse* y del (entonces) sexto capítulo inédito del volumen I de *El capital*, las nuevas historiografías del movimiento obrero clásico que giraban en torno a los comités de fábrica, los consejos obreros y los soviets en Rusia, Alemania, Italia y España, el redescubrimiento de los comunistas consejistas Pannekoek y Gorter, así como del KAPD, las historiografías de las revoluciones burguesas que «redescubrieron» a corrientes como los niveladores (así como los Diggers, los seguidores de Muggleton, y los «hombres de la Quinta Monarquía») y los *enragés*; la crítica situacionista del arte, el debate internacional sobre Lenin y la cuestión «partido y clase» durante el período 1968-1975, parte de la nueva «historia desde abajo», que dejó de lado el énfasis en los líderes, las organizaciones y las ideologías; la explosiva evolución del movimiento de emancipación negro en los Estados Unidos, cuya culminación quizá fuera la League of Black Revolutionary Workers, siguiendo más o menos exactamente las pautas fijadas por James y cía. diez años antes. A largo plazo, un libro también debe ser juzgado por el «programa de investigación» (en el sentido

más amplio de la expresión) que inspira o al menos presagia. De acuerdo con ese criterio, hay que reconocer que *Facing Reality* se adelantó mucho a su época.

Pero por supuesto, si *Facing Reality* sigue interesándonos cuarenta y cinco años después de su redacción es solo por la luz que pueda arrojar sobre el presente o sobre el futuro, por la cuestión fundamental (para quienes no son coleccionistas de antigüedades): qué hacer. Es aquí donde James y cía., al margen de lo que uno opine de los méritos del libro antes bosquejados, entran en el territorio, más controvertido, de la nueva concepción de la organización marxista en la era de la autoorganización, del Estado de partido único, de la automatización y de la obsolescencia del vanguardismo como consecuencia de la aparición de la «nueva sociedad» en la vida cotidiana.

Los autores, que escribían esto en 1958, hacen referencia a treinta años de esterilidad de la pequeña organización marxista (remontándose a 1928 y al triunfo definitivo del estalinismo en Rusia, al menos según el calendario trotskista). Nosotros, en 2002, podemos hablar de setenta y cinco años (con lo cual no pretendemos denigrar de ninguna manera la explosión de la década de 1960 y comienzos de la de 1970, que nos proporcionó a muchos los «ojos» con los que leer con interés a James y cía. hoy en día).

¿Quién puede decir sinceramente que su descripción de la vida de las sectas, de esas «pequeñas organizaciones que se disfrazan de grandes», como dicen los autores, no contiene una gran parte de verdad? Cualquiera que viviera como militante el final de la década de 1960 y los comienzos de la de 1970 recordará cómo los pequeños grupos vanguardistas se vieron sacudidos como corchos sobre las olas por las grandes conmociones de la época, y ni remotamente podría decirse que las «dirigieron». Esto es especialmente cierto si pensamos en el movimiento de huelgas salvajes en los principales países capitalistas, desde mediados de la década de 1950 hasta 1973.

Sin embargo, y puesto que ese movimiento de huelgas salvajes es lo que mejor teoriza el libro, también podríamos preguntarnos, igual que en el caso de Hungría: ¿DÓNDE SE TORCIERON LAS COSAS? ¿Qué sucedió con toda esa maravillosa actividad autónoma? En mi opinión es aquí donde los defectos del libro empiezan a asomar con mayor claridad. James y cía., (igual que sucede en

gran parte del resto de la obra de James, como *Notes on Dialectics* [1948]), pintan a la clase trabajadora como una fiera encadenada, apenas contenida por una sociedad oficial dirigida por «partidos de clase obrera», sindicatos y representantes sindicales (incluyendo a los *shop stewards* estadounidenses) que imponen el pacto social.

A riesgo de incurrir en la mayor de las herejías, podría contrastar *Facing Reality* con las fórmulas de un texto de la corriente bordiguista situado en el otro extremo del espectro en lo que se refiere a la cuestión «partido y clase», y muy en particular con la crítica bordiguista de Gramsci. No hace falta detenerse en la afirmación bordiguista según la cual a la clase obrera no le sucede nada interesante sin el partido. El meollo de su crítica de Gramsci, sobre todo en lo tocante a la cuestión de los consejos obreros en un marco capitalista, es que cualquier fuerza opositora que se convierta en un «poder» fuera de un contexto revolucionario se convierte enseguida en parte de la sociedad oficial.

Por supuesto, James y cía. no defienden esa clase de reformismo. Citan el ejemplo de los consejos obreros húngaros o de los consejos de fábrica rusos de 1917 (antes de que los bolcheviques los marginaran en beneficio de los sindicatos). Ni James y cía., ni los bordiguistas abogan por ninguna conquista «gradualista» del poder por parte de la clase obrera; ambas corrientes consideran la revolución como un acontecimiento «total» dirigido contra todos los aspectos de la sociedad oficial. Es aquí, sin embargo, donde sus caminos se separan de forma radical.

La fuerza de los bordiguistas reside en una crítica sistemática al «inmediatismo» que se remonta a la polémica de Marx con Proudhon en *Miseria de la filosofía* (1847). Identifican el «inmediatismo» (con lo cual se refieren — aunque no siempre lo digan de forma explícita — a cualquier acción de la clase trabajadora que no esté dirigida por el partido de vanguardia) en varias corrientes surgidas de Marx, tanto de «izquierda» como de «derecha», que expresan la situación de la clase trabajadora EN LA FÁBRICA INDIVIDUAL, o incluso en la producción en su conjunto, es decir, lo que Marx (en el volumen I de *El capital*) llamó «la esfera de la producción inmediata». Consideran dicho inmediatismo como un hilo conductor que engloba al anarquismo

proudhoniano y al bakuninista (dada su apelación histórica a los obreros de oficio que aspiraban a controlar el proceso de producción), al reformismo bernsteiniano (que se desarrolló dentro de los consejos obreros alemanes o *Betriebsräte*, reconocidos oficialmente primero por la república de Weimar y luego desarrollados más a fondo tras la Segunda Guerra Mundial), al anarcosindicalismo, al sindicalismo revolucionario y al sindicalismo de inspiración soreliana partidario de la acción directa hacia 1900, al consejismo germano-holandés de la década de 1920 y, por último, en el período posterior a 1945, al grupo «Socialisme ou Barbarie» (uno de cuyos principales teóricos fue Chaulieu/Castoriadis, uno de los autores de *Facing Reality*). El mismísimo Lenin señaló, durante la revuelta sindicalista y la oleada huelguística de los trabajadores británicos contra el Partido Laborista y sus sindicatos, que el reformismo engendra el sindicalismo, y que ambos suponen formas complementarias de rechazo del marxismo, y concretamente (dado el rechazo sindicalista de la política) de la confrontación política directa con el Estado capitalista.

Los bordiguistas consideran que esta visión «inmediatista» de la clase obrera centrada en el lugar de trabajo (y que, ya sea so capa reformista o aparentemente radical, ataca al marxismo —que para los bordiguistas equivale, por supuesto, al partido— desde la «derecha» o desde la «izquierda») reproduce la esencia del capitalismo en el seno del movimiento obrero: la alienación de distintos grupos de trabajadores en la categoría, muy capitalista, de la empresa y los sectores individuales. «La bestia», dicen los bordiguistas, «es la empresa, no el hecho de que tenga un patrón.» Eso significa (siguiendo la exposición que Marx hace del capital en el volumen I desde la perspectiva de la empresa individual, es decir, la «esfera de la producción inmediata») que una de las principales características de la alienación capitalista que hay que superar es la «heteronomía» que surge de la dispersión de la sociedad en una miríada de empresas competidoras. La deriva última de este «inmediatismo» desemboca en la noción de una «república de productores» (noción defendida explícitamente por muchas corrientes anarquistas, sindicalistas, etc.) que controle el lugar de trabajo inmediato. Los bordiguistas (con razón, en mi

opinión) consideran esta noción viciada como una exaltación mistificada de la clase obrera existente en el lugar de producción de la vida cotidiana del capitalismo como «ya revolucionaria» o casi revolucionaria. Semejante punto de vista niega la RUPTURA radical mediante la cual los trabajadores presentes en el lugar de producción, junto con los parados y otros excluidos, se convierten en CLASE PARA SÍ, la «clase con cadenas radicales» que rompe con su condición de «productores» de esta o aquella empresa y se postula ante la sociedad en su conjunto como la encarnación práctica y universal del «Hombre» (el único significado concreto que puede tener esa palabra), «tan multilateral en su producción como en su consumo», según lo expresó Marx en los *Grundrisse*. La clase trabajadora se hace revolucionaria al desprenderse de su condición fragmentada de clase en sí, es decir, de clase para el capital, tal como existe en la fábrica aislada o el conjunto de las fábricas, en tanto mera «negación», poniendo fin así a la división del trabajo alienada y condicionada por el capital y postulándose como poder total alternativo, como clase para la humanidad. O, por parafrasear a Hegel, lo que en un principio ocupó un lugar preponderante en la conciencia cotidiana se ha reducido ahora a una sola huella.

Lo que estoy diciendo es que la mayoría de los ejemplos de la «nueva sociedad» que ofrece *Facing Reality* están «empantanados» en situaciones «inmediatistas», pese a que esté fuera de toda duda que la perspectiva de sus autores (por ejemplo Hungría) del triunfo final de la nueva sociedad se basa en una «ruptura» y una autoorganización totalmente alternativa de la clase trabajadora como fuerza dominante de la sociedad. (De hecho, ese es el significado de su aserto de que «la filosofía ha de hacerse proletaria».) Los autores de *Facing Reality* concuerdan con los bordiguistas en rechazar cualquier poder que se convierta en parte de la sociedad oficial, pero el desacuerdo entre ambas corrientes en lo que se refiere al papel de la organización marxista a la hora de alumbrar esa ruptura es radical.

Por supuesto, los autores de *Facing Reality* habrían remitido inmediatamente a la república húngara de los consejos obreros como refutación práctica de cualquier acusación de «inmediatismo», pues precisamente fue más allá de la fábrica individual o de la totalidad de las fábricas para gobernar la

sociedad en su conjunto, al menos durante trece días. Nadie, y yo menos que nadie, se atrevería a negar la trascendencia de esa experiencia, o de la de 1905 y 1917 en Rusia, o la de algunas de las insurrecciones que se produjeron después de la Primera Guerra Mundial (Alemania, Italia), la de ciertos aspectos de la España de 1936-1937 o, por último, la del mayo del 68 francés. Todas ellas refutan la cansina y temprana afirmación leninista del *¿Qué hacer?* según la cual la clase trabajadora no puede ir por sí misma (es decir, sin el partido) más allá de la conciencia tradeunionista, afirmación con la que siguen estando de acuerdo la mayoría de grupos vanguardistas actuales. James y cía. señalan que:

[...] si la organización era el SUJETO de la historia, el proletariado era el OBJETO. En esta concepción la organización, desde el punto de vista filosófico, era el Universal. Esta concepción de la organización es consustancial a las concepciones extremas expuestas por Lenin en *¿Qué hacer?* Más adelante las repudió, pero no con la energía y el esmero suficientes para evitar que causaran infinitos estragos. (págs. 93-94)

No obstante, si las ponemos en relación con el gran retroceso de la clase trabajadora en casi todas partes desde 1973 aproximadamente, cabe preguntarse exactamente qué grado de eficacia tuvieron las redes informales de *shop stewards* de los muelles londinenses (etc., etc.) a la hora de hacer frente a ese retroceso o incluso de ralentizarlo.

Con todo, *Facing Reality* es una de entre un puñado de obras producidas entre 1956 y 1973 de las que se puede decir que se adelantó a lo que en su época había de nuevo. La cuestión que se nos plantea, una vez más, es si tiene o no algo que decirle a la nuestra.

En ninguna parte del libro aparece una crisis económica seria. Se hacen unos cuantos comentarios desdeñosos acerca de los debates oficiales sobre inflación, balanza de pagos y «niveles de vida», seguidos por aseveraciones (correctas) de que la clase obrera podría solucionar esos problemas a corto plazo, en cuanto se estableciese la república de los consejos obreros. Cabría preguntarse qué habrían dicho James y cía. hoy en día acerca de la descomposición del capitalismo en los tres países fundamentales que examinan,

sobre la desindustrialización de regiones enteras, sobre las millones de personas atrapadas en empleos del sector servicios sin perspectivas de futuro y a cambio del salario mínimo, sobre un descenso de los salarios reales de entre un 10 y un 20%, sobre un aumento de la semana laboral de entre un 10 y un 20%, sobre los «horarios flexibles» que suponen el fin de las horas extraordinarias y hasta de un calendario laboral previsible, sobre la desaparición de la gran fábrica, sobre la subcontratación hasta en sectores estratégicos como el automóvil, (que ocupan un lugar tan destacado en sus análisis), sobre el traslado de la industria restante a emplazamientos situados en el «cinturón verde» (sin presencia sindical) de los estados del sur y el sudoeste de los Estados Unidos e incluso fuera del país, a «maquiladoras*» y plataformas de exportación del mundo entero, sobre la disolución concomitante de las concentraciones obreras de las antiguas ciudades industriales y la gran dispersión de las poblaciones hacia las afueras y los extrarradios, sobre las familias de cuello azul que trabajan en los almacenes Wal-mart a cambio de tres y cuatro salarios mínimos, sobre las centralitas telefónicas y los nuevos casinos que han reemplazado a la industria, sobre el regreso de la explotación salvaje, sobre el trabajo infantil y el *bonded labor** (es decir, la esclavitud de hecho), sobre el *boom* de la construcción de prisiones y el trabajo en las cárceles, sobre la inmigración del Tercer Mundo y la hostilidad estadounidense (tanto blanca como negra) que suscita, sobre las simpatías cada vez mayores de la clase trabajadora por el proteccionismo, sobre los «cascos viejos» devastados donde todas las fábricas cerraron hace veinte años (South Central, Los Ángeles y Cincinnati fueron paradigmas de la aniquilación de franjas enteras de esa clase obrera negra que en muchos lugares estuvo en primera línea de la rebelión industrial de la década de 1960) o sobre el auge en Europa de partidos de extrema derecha con una base obrera importante organizada en torno a la cuestión de la inmigración. Todo eso queda muy lejos

* Empresa que importa materiales sin pagar aranceles y cuyo producto acabado se comercializa en el país de origen de dichos materiales. (N. del t.)

* Práctica consistente en la oferta patronal de préstamos a interés elevado a trabajadores cuyas familias tienen que trabajar después a cambio de salarios muy bajos para saldar la deuda. A veces como se traduce como «servidumbre por deudas» (N. del t.)

de la era de mediados de la década de 1950, cuando los sindicatos de industria establecidos negociaban incrementos salariales y prestaciones cada vez mayores para tratar de acabar con la rebelión en los talleres ante la pérdida de control sobre el proceso de trabajo. ¿Y mientras ocurría todo esto, qué hizo la maravillosa «nueva sociedad» de nuestros autores (aparte de sufrirlo)? Si en 1958 los trabajadores norteamericanos tenían realmente «todas las bazas en la mano», como dicen, no cabe la menor duda de que en el transcurso de las tres décadas siguientes se las arreglaron muy bien para descartarse. James y cía. apenas habrían podido imaginar luchas como las que marcaron la época posterior a 1980, cuando ninguna concesión lograba impedir que las empresas cerrasen los pueblos y las ciudades del Noreste. Es como si los capitalistas también hubieran leído *Facing Reality* y hubiesen hecho todo lo que estaba en su poder para disolver la fuente inmediata del problema: la gran fábrica y las grandes concentraciones urbanas de trabajadores fabriles.

Pero apenas hemos agotado la riqueza de las formulaciones de James y cía. sobre la vida contemporánea de la clase trabajadora y las tareas de la organización marxista, que se resumen en «reconocer y constatar» la presencia de la nueva sociedad, que según ellos ya fue una de las principales contribuciones de Lenin cuando reconoció la importancia de los soviets (acontecimiento importantísimo que no había previsto ningún teórico). La primera condición, pues, es «dar a la clase obrera los medios de expresarse» (pág. 94). Pese a ser muy inferior a la sociedad oficial en lo que a recursos y capacidad de difusión se refiere, la organización marxista tiene sobre sus enemigos la gran ventaja de poder «ver la interrelación entre la decadencia de la sociedad oficial y la solución socialista» (pág. 97). Muestran que la «sociedad socialista invasora» (por utilizar otra fórmula jamesiana utilizada en otra publicación) está presente en el modo en que los trabajadores se enfrentan al problema concreto de sacar adelante la producción haciendo frente sin cesar a las injerencias de la dirección. Los autores citan hechos excepcionales, como las huelgas salvajes francesas de 1955 (que ya estaban haciendo a un lado a los sindicatos) y los grupos informales de estibadores y trabajadores textiles británicos, que ejercían mayor poder efectivo que la dirección de las empresas y

los sindicatos. Ponen de manifiesto (en el caso británico) cómo los trabajadores utilizaban a los comunistas estrictamente para sus propios fines y se desembarazaban de ellos cuando se daban cuenta de que intentaban manipularlos; afirman, a partir de la gran informalidad del proceso de selección de líderes en auténticas asambleas obreras, que «la cuestión del liderazgo es un falso problema» (pág. 93). Su análisis de la relación entre política electoral y acción directa en el lugar de trabajo hace explícita la idea fundamental del libro: el vínculo que hay entre la estrategia de los trabajadores en un momento dado y el uso que puedan hacer (o no) del sistema político de la sociedad oficial. (Centrado, por supuesto, en el Partido Comunista Francés, el Partido Laborista Británico y los Demócratas estadounidenses). Sostienen que el colmo de la esterilidad de los grupos vanguardistas se constata al ver cómo se «desloman» sin cesar en torno a cómo abordar las elecciones, y que esto se deriva del problema de las «pequeñas organizaciones disfrazadas de grandes». Sostienen que hoy en día la gran masa del pueblo tiene ideas semejantes a las de la organización marxista aunque las exprese de una forma que le es propia: de ahí la necesidad de «reconocer y constatar». Lo que los trabajadores necesitan que haga la organización marxista es «informar» sobre los pasos adelante de la nueva sociedad, como los consejos de fábrica rusos de 1917, o los consejos obreros de Hungría y Polonia en 1956. Lo que necesitan, más allá de eso, es acceder a los muchos aspectos de la cultura y de la ciencia contemporáneas que ponen de relieve el callejón sin salida en el que se encuentra la sociedad oficial, y James y cía. formulan la importantísima idea de que solo quienes reconocen la importancia fundamental de lo que hacen las grandes masas populares en la historia presente y futura son capaces de organizar ese conocimiento.

A la luz de estas formulaciones, ¿cómo conciben James y cía. el papel de la organización marxista, si no es el de obrar como un pequeño partido político, es decir, «reclutar y formar a los trabajadores para la revolución», como dirían ellos? Una vez más, una organización semejante intentaría «reconocer y constatar», del mismo modo que Lenin reconoció en los soviets una innovación práctica sin precedentes creada por la clase trabajadora y no por partido alguno. (Por supuesto, Lenin también hizo muchas cosas más, pero los autores no

tienen mucho que decir al respecto.) Intentaría expresar las tensiones internas de la clase trabajadora, como indica la insistencia de *Facing Reality* en la diferencia decisiva entre lo que los trabajadores dicen/piensan (por ejemplo, votar a partidos reformistas) y lo que hacen (apoderarse de las fábricas, como hicieron en Francia tras la llegada al poder del Frente Popular en 1936). Si dicho libro tiene un objetivo polémico fundamental, es el de concentrar la artillería directamente contra la obsesión de las vanguardias con los puntos de vista políticos declarados y los signos exteriores de conciencia política, a los que les tienen acostumbrados sus «hábitos mentales y formas de vida». Si el libro contiene un argumento fundamental, es evaluar cómo los trabajadores utilizan las elecciones, los sindicatos, la prensa burguesa y otras formas de organización y comunicación como aspectos de una lucha de conjunto más amplia para desarrollar al máximo la «nueva sociedad» y eliminar todas las trabas que impiden que triunfe plenamente. Encontré muy fascinantes los ejemplos citados, desde la Francia de 1936 a Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos de mediados de la década de 1950, en los que los trabajadores (desde la perspectiva de James y cía.) libraron una lucha cuyas distintas dimensiones desbarataron el hincapié exclusivo en la conciencia política explícita, tal y como se expresa en las elecciones, la militancia en partidos o los periódicos que leen los trabajadores.

Para James y cía., el papel de la organización marxista no consiste en imaginar que constituye el núcleo del partido que hará a un lado a los socialdemócratas y a los estalinistas como los bolcheviques hicieron a un lado a los mencheviques (pues desde la perspectiva de los autores, los trabajadores no conciben el futuro en términos de un nuevo partido político), sino en facilitarles la información (sic) que necesitan para instaurar la república de los consejos. Insisten en que los escritos de los trabajadores húngaros y polacos de 1956 constituyen uno de los documentos más ricos que existen sobre la nueva sociedad en acción y dicen que el hecho de que nadie los haya traducido y editado para un público obrero pone en evidencia la miseria de los pequeños partidos marxistas.

Para mí el pasaje fundamental de todo el libro es éste (pág. 140):

¿Qué diferencia existe hoy entre la teoría y la práctica, entre la teoría para los intelectuales y la teoría para las masas? No la hay. Como dijimos antes, en todas las facetas de la vida intelectual y científica moderna se han realizado inmensos descubrimientos que echan por tierra los supuestos que rigen nuestra sociedad y muestran el camino que conduce a una sociedad nueva...

Repetimos: en todos estos descubrimientos científicos lo que se echa en falta es un principio integrador, algún UNIVERSAL de conjunto que los relacione entre sí y con la sociedad y haga explícitas todas sus potencialidades. Esta integración no tendrá lugar de golpe, ni será obra de un solo hombre o grupo de hombres, pero de lo que no cabe la menor duda es de que solo puede proceder de hombres que hayan comprendido el papel de las grandes masas del pueblo en la nueva sociedad y entiendan que hoy en día la gente está preparada para emprender los vastos cambios sociales que han acometido los trabajadores húngaros. La organización marxista, y sobre todo los intelectuales, ha de comprender que su tarea consiste en poner todos esos conocimientos a disposición del pueblo en términos accesibles. Eso no es popularización. Está demostrado que se pueden presentar al pueblo los conceptos sociales, políticos, artísticos y filosóficos más difíciles de forma sencilla y sin vulgarización. Pero hacerlo exige dominio del tema, así como capacidad de comprender al pueblo y los términos en los que expresa sus propias experiencias. Esto último es lo que resulta difícilísimo de encontrar. Nosotros hemos mostrado el camino.

En vista de esto, resulta de lo más instructiva la perspectiva de James y cía. sobre cómo esta organización marxista actúa de forma distinta a las vanguardias en su concepción de un periódico «de trabajadores, no para trabajadores». Podría decirse, en resumidas cuentas, que la prensa de vanguardia sigue siendo portadora de la perspectiva kantiana del «JUICIO»: pone al descubierto y condena los crímenes de la sociedad oficial, y aplica el «imperativo categórico» de «los trabajadores han de hacer esto y lo otro», lo que culmina inevitablemente en la larga lista de reivindicaciones que figura al final de cada artículo. «Las organizaciones vanguardistas reemplazaron las reacciones humanas y la sensibilidad de sus miembros ante la gente común por la teoría política y la vida política interna. El resultado es que es muy difícil para ellas volver al cauce de la comunidad.» (pág. 131)

La concepción de James y *cía.*, por el contrario, parece un intento de lograr que la prensa encarne las tensiones de una dialéctica «hegeliana» en la que los distintos puntos de vista de los trabajadores, que expresan «la etapa en la que nos encontramos», se contraponen y equilibran entre sí para tratar de captar lo mejor posible las tensiones existentes en el seno de la clase y entre lo que los trabajadores «dicen» y lo que «hacen» como clase; cómo los trabajadores británicos pueden votar (o no) por los laboristas y al día siguiente paralizar los puertos mediante huelgas salvajes, o cómo los trabajadores franceses pueden votar por el Frente Popular un día y ocupar las fábricas al día siguiente. Lo más interesante de todo es el debate acerca de cómo funcionaría un periódico semejante en los Estados Unidos, donde «quien fracasa frente a la cuestión negra fracasa frente a todas las demás» (pág. 152). James y *cía.* abogan por un periódico en el que se animaría a los trabajadores blancos y negros a expresar y exponer sus puntos de vista acerca de la cuestión racial, y en el que

Después de leer y contribuir al periódico en conjunto, si un trabajador blanco o un grupo de trabajadores blancos encuentra que los artículos o cartas que expresan la agresividad negra sobre cuestiones raciales hacen que todo el periódico le ofenda, eso quiere decir que es el quien antepone sus prejuicios sobre la cuestión racial a los intereses de la clase en su conjunto. Hay que razonar con él, discutir con el y, si es necesario, combatirle hasta el fin (pág. 152)

En la formulación siguiente se comprueba la gran diferencia que lo separa de la típica publicación trotskista de vanguardia:

¿Cómo hay que razonar con el, discutir con el y, si fuera preciso, combatirle hasta el fin? En primer lugar, dejando claro que sus ideas, sus motivos, sus temores y sus prejuicios también tienen todo el derecho a expresarse en el periódico. Todo trabajador blanco que está cotidianamente en contacto con trabajadores negros conoce su agresividad en lo que la cuestión racial se refiere a. Para el no es ningún secreto. Por lo demás, aparte del conflicto fundamental con la dirección, pocas cuestiones le tienen tan ocupado. Al margen de que hable de ello o no, es como un nódulo duro en su conciencia, como lo es en la conciencia de todos los norteamericanos hoy en día, un tormento cada vez mayor del que no consiguen librarse. La forma más segura de preparar esa unidad más estrecha que procede de

la participación común en grandes acciones es un debate público libre y franco sobre las dificultades según estas vayan presentándose. (pág. 153)

Sin embargo, prácticamente a renglón seguido de esta propuesta tan provocadora de un nuevo tipo de prensa obrera, James y cía. insertan una frase de usar y tirar que contradice todo lo dicho hasta entonces y sobre la que no vuelven nunca más. En plena exposición de esta idea de airear todas las tensiones en el seno de la clase, y alentados por el «reconocimiento de que la nueva sociedad existe y de que lleva en su seno gran parte de las llagas y de los males de la vieja», los autores escriben:

La organización marxista tendrá que luchar por su propia posición... la organización marxista puede tener que librar lo que durante mucho tiempo podrá parecer una batalla perdida. Tendrá que mantenerse firme. (pág. 154)

¿Cuál es esta «posición propia» en torno a la que «tendrá que mantenerse firme» la organización marxista? Semejante cambio de perspectiva casi parece salirse de la página, y en el texto nunca se hace mención de ella ni antes ni después. ¿Mantenerse firme en torno a qué? ¿Acaso tiene la organización marxista algo especial que decir que NO esté contenido en los puntos de vista en conflicto de los trabajadores? Y si se trata de un periódico «de los trabajadores, no para los trabajadores», ¿quién se supone que tendría que articular esa postura? ¿Acaso no constituiría esto una «teoría» distinta de la práctica de las masas populares en algún momento?

¿Qué hay exactamente en las condiciones modernas del «Estado de partido único» que haya invalidado las fórmulas del *Manifiesto comunista*?

Prácticamente, los comunistas son el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente tienen, sobre el resto del proletariado, la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

En el núcleo del proyecto propuesto por James y cía. parece existir una flagrante contradicción. Por una parte insisten en que la tarea de la

organización marxista es «reconocer y constatar», aprender y no enseñar, reclutar o formar; esta no publica prensa propia tanto para contribuir a su propio desarrollo como para poner «información» a disposición de la clase obrera para esta que pueda «decidir qué hacer». Cuando el periódico dice lo que deben hacer los trabajadores, ha de ser a iniciativa de algún grupo de trabajadores que se lo haya pedido. Por otra parte, y de forma casi subrepticia, en un par de líneas, James y *cía.* aluden a la organización marxista diciendo que tendrá que «luchar por su propia postura» y «mantenerse firme». ¿En qué quedamos? Durante todo el libro, los autores parecen sostener que la organización marxista debería proporcionar tinta y papel para un periódico «de los trabajadores, no para los trabajadores» (¿No será esto el último coletazo del vanguardismo? ¿Por qué no podrían pensar los propios trabajadores en editar un periódico semejante y procurarse su propia tinta y su propio papel?)

No es mi intención realizar un juicio completo a partir de un par de fórmulas. El proyecto de conjunto de James y *cía.*, en el que la tarea de los intelectuales marxistas es poner a disposición de los trabajadores materiales para que éstos puedan decidir qué hacer es muy de apreciar y agradecer. Incluso llegan a decir que bajo el socialismo ese papel seguirá existiendo para quienes tengan «inclinaciones intelectuales». Pero, ¿quién tendría «inclinaciones intelectuales» en una sociedad que haya abolido (como con mucha razón proponen los autores) la separación entre educación y producción?

No obstante, esto no deja de ser hacer de francotirador, y es secundario en relación con la pregunta, mucho más importante, que quiero suscitar en torno al planteamiento de James y *cía.*, a saber: ¿qué pasó con la «nueva sociedad» en los cuarenta y cinco años de historia desde que era plausible escribir acerca del poder de los trabajadores en el lugar de producción en Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, y su estrategia multiforme para seguir el ejemplo de los trabajadores húngaros y proclamar la república de los consejos obreros?

James y *cía.* hablan de trabajadores que votan a partidos reformistas. ¿Y qué hay de los trabajadores que votan a Ronald Reagan o a George Wallace? ¿Qué hay de los trabajadores que votan a Jean-Marie Le Pen, a Jorg Haider y a media docena más de partidos de extrema derecha antiinmigrantes en la

Europa contemporánea? ¿Qué hay de los trabajadores opuestos a la inmigración que exigen medidas proteccionistas, es decir, trabajadores cuya actitud podría describirse caritativamente como «cuidemos de los nuestros y que despidan a otros»? ¿Qué hay de los trabajadores que votan a favor de la Propuesta 187 del estado de California, que excluye a los inmigrantes ilegales del acceso a los servicios sociales?

James y *cía.* pertenecen a la época en que el «enemigo principal» parecían ser los partidos defensores del Estado del bienestar, los estalinistas y los sindicatos que trataban de frenar la rebelión en las fábricas, pero ¿qué significa esa perspectiva en la era neoliberal, cuando todas esas fuerzas han quedado muy mermadas, y muchos trabajadores creen que el «enemigo principal» son los sectores más pobres de la clase trabajadora de otros países, ya sea en calidad de inmigrantes o de competidores en ultramar? Hoy en día un número considerable de trabajadores estadounidenses piensa (o se les podría convencer fácilmente de que lo pensasen) que el enemigo son los obreros y campesinos chinos que inundan de bienes baratos el mercado norteamericano y obligan a cerrar fábricas, o que emigran a los Estados Unidos para trabajar en explotaderos de mala muerte. Creen (o podría convencerseles de ello) algo por el estilo acerca de los obreros y campesinos forzados a abandonar los países de Hispanoamérica, devastados por décadas de políticas norteamericanas. ¿Qué tendrían que «decir» ante semejantes dilemas James y *cía.*, o aquellos que difunden actualmente sus concepciones? Si no hubiese obreros que dieran un paso al frente para criticar ese chovinismo, ¿«lucharía por su postura» la organización marxista? ¿Y cuál sería esa postura? Y por último, el hecho de tener una postura semejante, ¿no violaría la premisa de que su tarea consiste en «reconocer y constatar»?

En ningún lugar dicen James y *cía.* que una de las tareas de la organización marxista sea unificar a la clase obrera. Esa ha sido la perspectiva de los marxistas desde los tiempos del *Manifiesto comunista*. Cada paso del movimiento real ha de ser juzgado según el criterio: ¿contribuye o no a la unificación de la clase obrera? En opinión de James y *cía.*, la clase obrera ya está unificada en la «nueva sociedad».

En 1934, en plena crisis, durante la huelga de Auto-Lite en Toledo, las fuerzas trotskistas agrupadas en torno a A. J. Muste, que intervinieron en una huelga de suministros de piezas de automóvil que se daba por perdida, dijeron: para ganar esta huelga e impedir que entren esquirolas en la fábrica, hay que tener una estrategia para organizar a los parados. Una Liga de Parados ayudó a los trabajadores de Auto-Lite a luchar contra la Guardia Nacional, y una parte del convenio que puso fin a la huelga giraba en torno a la contratación de trabajadores en paro. En *Facing Reality* no aparece por ninguna parte la idea de que la organización marxista PROPONGA «extender la lucha» a un grupo de trabajadores aislados, pues los autores dan por sentado que en lo fundamental la clase ya está unificada. En su universo, los estibadores londinenses se enteran de que una fábrica del sector del automóvil se ha declarado en huelga, les envían una breve nota y se preparan para negarse a cargar todos los coches, incluso los que proceden de empresas que no están en huelga. De hecho, cuando Thatcher llegó al poder, Gran Bretaña fue el escenario de una serie de derrotas de la clase trabajadora que en parte se debió a la incapacidad de la «nueva sociedad» para hacer frente a una nueva batería de leyes antiobreras contra los piquetes secundarios, legislación que los sindicatos, por supuesto, acataron. ¿Dónde estaba entonces la «nueva sociedad»? Cuando Thatcher se enfrentó a los mineros y cerró los pozos no rentables, y Scargill y la dirección del sindicato minero impidieron a los mineros que emplearan sus viejas tácticas, ¿dónde estaba la «nueva sociedad» para decirles que no se trataba tanto de defender pozos moribundos (por importante que pudiera ser defender los empleos de los mineros), sino de desarrollar nuevas fuentes de energía que no exigieran que la gente pase su vida laboral en el fondo de una mina?

James y cía. no dicen una palabra sobre su programa. Para ellos todo eso caerá por su propio peso en cuanto se establezca la república de los consejos obreros. Y sin duda uno de los pilares de la ideología contemporánea es la supuesta «complejidad» del mundo, en el que ideas sencillas acerca de dos clases sociales fundamentales no nos llevan muy lejos. Y es indudable que una de las principales funciones de una organización marxista, una vez establecida una república de consejos semejante, sería poner a disposición de los

trabajadores documentos que les permitieran tomar decisiones acerca de todo tipo de cuestiones, complejas o no.

Pero si, como dicen James y cía., los trabajadores no tienen ni el tiempo ni la propensión a estudiar esas cuestiones tan fundamentales para el movimiento obrero, y las organizaciones marxistas sí, ¿por qué no deberían éstas hacer lo mismo en lo que se refiere a las cuestiones programáticas relativas a «cómo llegar de un punto a otro», del mismo modo que lo hacen cuando se trata de «reconocer y constatar»?